

La exiliada



Marie José Basurco

LA EXILIADA



TÍTULO ORIGINAL

L'Exilée

Le temps des Cerises, París, 1997

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA

Agosto de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta

© DEL TEXTO: Marie Jose Basurco

© DE LA TRADUCCIÓN: Pilar Jimeno

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.

San Isidro 35-1A

Apartado 78

31300 Tafalla NAFARROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

ISBN

978-84-15313-23-6

DEPÓSITO LEGAL

NA. 1.365-12

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA

Esteban Montorio

LA REALIZACIÓN DE LA CUBIERTA SE HA

BASADO EN UNA FOTO REALIZADA EN

DONOSTIA EN 1977 POR Josu Bilbao

MAQUETACIÓN

Monti

IMPRESIÓN

GRÁFICAS LIZARRA S.L.

Tafallako bidea, 1 km.

31132 Villatuerta - Nafarroa

txalaparta 

He aprendido que una vida no vale nada,
pero también que nada vale una vida..

ANDRÉ MALRAUX

A Atxi, que duerme para siempre bajo la tierra de Louhossoa.
Y a Telesfora, mi otra abuela, que vela eternamente frente al océano.

PREFACIO

LA NOVELA HA ABANDONADO LA HISTORIA. Podemos imaginar el partido que hubiera sacado un Balzac o un Zola del medio siglo transcurrido con una guerra mundial que mezcló a militares y civiles como nunca antes había pasado, y la Resistencia, que empujó a gente modesta hacia destinos inimaginables, forzándola a vivir al filo de la navaja, entre heroísmo y traición. Dos sistemas sociales que se enfrentaron finalmente en una amalgama de crisis violentas, cuyas sacudidas estremecieron hasta a aquellos que no manifestaban el mínimo interés por la cosa pública.

Salvo raras excepciones, este material no ha suscitado el interés de los novelistas. La novela, sobre todo la francesa, se retiró a territorios más intimistas, dejando el ámbito histórico-social a los cineastas o a los autores de lo que se ha llamado impropriamente «documentos». De este modo, se trazó una estricta frontera: por una parte, la obra imaginativa que se enmarca en la literatura y cuya vocación sería explorar el dominio infinito de lo subjetivo y, por otra, los relatos documentales que se esfuerzan por restablecer una realidad objetiva de una manera lo más exacta posible, cosa que, evidentemente, prohíbe las incursiones en la intimidad de los personajes, pues esa intimidad no se encuentra ni en los documentos de época más elocuentes, ni tampoco en los testimonios que, por fuerza, se muestran pudorosos. Intentar con-

jugar los dos procedimientos parece tan inútil como pretender que se unan el agua y el fuego.

Marie-José Basurco consigue esta unión improbable. Podría haber escrito la clásica novela autobiográfica de una mujer cuya existencia se ha visto sacudida por violentas pasiones. Su experiencia como militante la cualificaría sobradamente para ofrecernos un relato objetivo, a la vez que comprometido, de la lucha de los vascos y vascas que persiguen la independencia de su pueblo y la reivindican con las armas. La autora nos cuenta ambas cosas, mezclando con una falta de pudor magnífica sus emociones más íntimas y la lucha que sostienen sus compatriotas. De aquí, sin duda alguna, la riqueza de un libro que ofrece todo el prestigio del arte de la novela, así como la capacidad de revelación histórica reservada normalmente al ensayo o al documental. *La exiliada* es una página de la historia que se lee «como una novela».

La empresa, de una audacia poco frecuente, solo podía triunfar gracias a una escritura a la altura de la apuesta. La lengua afrutada de Marie-José Basurco nos recuerda a la gran Colette cuando detalla su afán por degustar las delicias de la vida. Su libro vibra con una exaltación sensual que seguro chocará a muchos de sus amigos, pues la militancia conlleva, casi siempre, una triste austeridad. En cambio, este libro encuentra unos acentos dignos de Víctor Hugo al hablar de un pueblo reprimido de manera implacable cuyos mejores militantes han caído bajo las balas de una vandalocracia mercenaria. No cabe duda de que más de un lector se preguntará cómo un ser con tanta capacidad para ser feliz ha podido perderse en ese mundo de sangre y lágrimas. Nada predisponía a una niña cuyo primer amor, platónico, fue extrañamente el duque de Decazes (1780-1860), el principal artífice de la Restauración Monárquica, a convertirse en una madre divorciada con dos hijos, y en la compañera y cómplice de unos militantes entregados a los peligros de la vida en la clandestinidad; nada, a no ser la fidelidad a su pueblo. Como militante, que poco se corresponde con las imágenes de Epinal, generalmente admitidas, y como mujer joven, que se ve sacudida por la pasión amorosa sin dejar por ello de entregarse a una causa política, Marie-José Basurco nos introduce en el corazón del misterio del destino humano.

¿Acaso no es el personaje principal de la novela, en el fondo, el pueblo vasco negado por ocultación, tanto en Madrid como en París, reprimido a ambos lados de los Pirineos por unas democracias que no dudan en vulnerar su propia legalidad para conseguir sus objetivos? La apasionante obra de Marie-José Basurco, un fragmento puro de literatura, en el mejor sentido del término, podría triunfar allá donde tantas otras han fracasado, a falta de talento o de convicción: con ella ha conseguido abrir el corazón de los lectores a la comprensión de una tragedia horriblemente monótona que, como tantas otras de ayer, hoy y mañana, no llegará a su final a no ser que se entable un diálogo basado en el principio del derecho inalienable de los pueblos a decidir por sí mismos.

GILLES PERRAULT

EXILIADA EN LA BUHARDILLA, veo a través de la ventana el resplandor de las llamas en las montañas; los pastores han prendido fuego a la maleza y el viento del sur aviva las hogueras.

Es bonito. Me llegan olores intensos a tierra quemada de Larrun, mi reina montañesa, suave como un pecho femenino que se alza protector por encima del mar.

Los ruidos de la nacional se oyen más cerca ahora que vivo en la buhardilla; los camiones pasan rozando la tapia del jardincillo baldío y hacen temblar el suelo de la habitación; un temblor suave, casi imperceptible.

Para bajar de las alturas utilizo la escalera metálica que reposa en la viga del viejo caserón, en obras desde hace seis años. No quiero ser amarga; iba a escribir desde la noche de los tiempos, desde Matusalén, desde los romanos. Seis años son poca cosa y sin embargo, tengo la impresión de que ha pasado una eternidad, como otra vida. Por aquel entonces, ante los viejos muros, solía decir con los ojos muy abiertos debido a la magnitud de la obra que teníamos por delante:

—¿Te das cuenta qué cantidad de trabajo, Karl? ¡Tenemos para años!

—¿Años? Estás de broma –respondía Karl, optimista–. No sabes lo que dices. Ya verás, ¡a mí el trabajo no me asusta!

—¿Y a mí sí?... —contestaba llena de rabia, con la mirada furibunda, brillante como una chispa de metralla.

—¿Tú? —resoplaba Karl—. ¿Tú? Tú no tienes ni idea de lo que significa trabajar.

Un sollozo me atenazaba la garganta; me daban ganas de matarlo por lo que acababa de decir. Entonces cogía la maza, tiraba los tabiques de ladrillo rojo con la fuerza de un carretero y echaba en la carretilla los ladrillos rotos y el papel ajado de las paredes. Tenía el pelo lleno de yeso y polvo gris. Estaba mugrienta y las ampollas de las manos me quemaban tanto como el sol fuera. Empujaba la carretilla por el campo hasta las hayas inmóviles en el calor. Por detrás había un barranco donde volcaba la carretilla y, cuando se quedaba vacía, me ponía a darle patadas, mientras vociferaba: «¡Qué cabrón el tío este!», y lloraba abrazada al tronco de un haya que tenía parte de sus raíces al descubierto, sobre el arroyo que, justo en ese lugar, dibujaba un recodo en la tierra marrón.

Después de las broncas, Karl solía venir a buscarme en medio del bochorno estival e intentaba abrazarme contra su pecho sudoroso.

—Déjame, me das calor.

Luego empujaba de vuelta la carretilla por el camino de tierra agrietada. A lo lejos, el viejo caserón surgía de la tierra como un barco varado; el tejado hundido se asemejaba a una vela roja y a mí me gustaba esa ruina, encajada en un brazo de tierra entre las aguas del riachuelo y el asfalto de la nacional.

—Ya verás, dentro de seis meses habremos acabado todo —me dijo Karl, orgulloso, lleno de polvo gris entre los escombros.

Lo creí. En verano resulta más fácil creer en los milagros. Dormíamos desnudos bajo las sábanas blancas, envueltos en el olor a heno y flores secas. Yo había encalado las viejas paredes y encerado los antiguos suelos de roble. Desempeñaba mi papel a las mil maravillas, vestida con un peto azul descolorido sobre mi piel morena. Me quedaba bien, yo diría que muy bien, sobre todo cuando el tirante se me deslizaba por el hombro café con leche y, como me encanta el comienzo de los cuentos cuando aún todo es posible, era ardiente hasta en nuestras peleas. Y también lo era en la cama.

Después llegó el invierno, y la nieve, al país donde esta no dura más de una tarde. Tuvimos entonces diez días blancos. Solo teníamos el fuego de la chimenea para calentarnos un poco, Karl, mis dos pollitos de ojos brillantes y yo. Entonces hacía mi papel un poco peor, sobre todo cuando tenía que ir a lavarme al establo. El cuadro de tablas que hacía las veces de ducha con una alcachofa de la posguerra era Siberia. Allí llegabas castañeteando los dientes y salías tiritando, siempre con la barbilla temblorosa. En agosto era de fábula; con la nieve salían sabañones.

Cuando Karl me veía tiritar, decía:

—¡Corre! ¡Así entrarás en calor!

A mí me parecía que era duro y de otra época. Un tipo duro, de un mundo donde el placer solo podía ser un signo de debilidad.

Yo le contestaba, helada:

—¡La edad de las cavernas ya pasó, Karl!

Para librarme del frío y de los sabañones soñaba con Sudáfrica, donde había vivido con Bertrand. Y desde Ciudad del Cabo cruzaba el Atlántico a nado para ir a ver a Mikel, a Cuba, aunque jamás había puesto los pies allí, a no ser con mi corazón de amante. Volvía de Cuba, siempre a nado, para amarar en «Los dos gemelos» de Hendaia. Yo, que había nacido un poco más al norte, no sabía por qué después de Cuba siempre volvía a Hendaia.

Ahora lo sé.

En el exilio de mi habitación en la buhardilla, lo sé, no hay casualidades. Hay atajos, hay caminos en zigzag, hay subterfugios, pero no hay casualidades.

Tampoco fue casualidad que llegara la primera, *in pectore*, para darles una sorpresa. «Estaban» esperando un hijo y se llevaron una decepción. Tenían todo previsto salvo que fuera niña. No habían elegido un nombre para mí, porque ya lo tenían para su «heredero», y me plantaron un «Marie Josèphe» tan pesado de llevar como la cola de una reina por un camino cenagoso. De mi nacimiento no me contaron gran cosa: salí con la cabeza alargada y cónica de lo que sufrió Marie al parirme, y en cuanto a él, el héroe guerrero, voluntario en 1939, de Narvik a Monte Cassino, estuvo enfurruñado conmigo durante tres días enteros. Sin

embargo, al cabo del tercer día, el héroe de pelo negro engomado y la belleza de Rodolfo Valentino, sucumbió a mis encantos y ya no me dejó nunca más.

Para que me perdonara el haber cambiado la col por la rosa¹, muy pronto me convertí en una criaturita preciosa de grandes ojos negros y una mata de pelo rubio y rizado. El héroe me llamaba Pepi, cosa que le agradeceré toda la vida. Pepi sonaba gracioso y estaba lleno de esperanza, como una pepita de mandarina.

Una pepita de mandarina que no sabía contar.

Siempre me han dado horror los números. Con Bertrand no sabía contar, sabía gastar. Todos los sábados por la noche, cuando nos quedábamos solos, en la intimidad, lo primero que hacía era examinar minuciosamente el talonario de cheques. Antes de hacer el amor.

—¿Y este cheque de qué es?

Le mentía. Le decía lo primero que se me ocurría.

—Seis paquetes de pañales y dos biberones. He comprado de los que no se rompen, son mejores.

—¿Y este? —seguía Bertrand.

—¿Este? La factura de la tienda de comestibles.

—¿Tan cara? —exclamaba Bertrand.

—Sí, he comprado las primeras fresas; son caras pero a los niños les encantan.

—De todos modos, podrías tener más cuidado —puntualizaba Bertrand mientras restaba las cantidades en los cheques del talonario.

Yo me quedaba callada, una pepita pequeña de corteza tierna. Nono siempre me había dicho: «En el amor, el dinero no cuenta».

Cubría mi tierna corteza con un salto de cama de seda color carne cruzado con encajes negros. Parecía una puta, pero yo pensaba que a los veintitrés años un *deshabillé* de seda para excitar a Bertrand valía más que mil palabras... Todavía era reservada, tímida y timorata. Apenas hacía alguna sugerencia. Bertrand se acomodaba en los cojines rojos del sofá y sacaba las carpetas de

1.- En Francia se dice que los niños nacen en las coles y las niñas en las rosas (N.T.).

su maletín de cuero con las armas de San Construyetodo, sin una mirada para la pepita. Colocaba las carpetas delante de él religiosamente, en silencio, como un sacerdote en los oficios, concentrado en el asfalto, el oro de su propio grial. Miles de millones. Puentes y autopistas. Centrales nucleares. Metropolitanos sudamericanos. Brasil. Salvador. Guatemala. Venezuela. Yo lo miraba, con mi lado mandarina lleno de esperanza, de capa caída.

Después de la ceremonia del constructor de ciudadelas modernas (no había sitio en ese mundo para un frutal y, menos aún, para una semilla de futuro incierto), Bertrand iba a dar un beso a mis dos tesoros, morenos y regordetes como angelitos. Después, mucho más tarde, después de la acción de gracias en el trono donde leía disimuladamente las historietas de Spirou, me llamaba.

—Cariño, ¿vienes a la cama?

Iba a la cama después de una semana de abstinencia como quien va a *Vísperas*, sin ganas.

Muy pronto me sumí en una melancolía angustiosa, un pájaro negro con las alas desplegadas sobre mi cabeza. Ya no veía el sol. Movía guijarros con la lengua. Me convertía en silencio, el rostro empolvado de cemento. Me derrumbaba sin ruido. Aullaba de terror con el puño metido en la boca. Me aterraba la palabra eternidad pegada a mi propio pánico. Vivía aislada, lejos de todos; me mecía de noche bajo las mesas, en la cocina, el salón o el cuarto de estar.

Y tarareaba la canción «Parlez-moi d'amour / Redites-moi des choses tendres» —Háblame de amor, repíteme cosas tiernas—, durante horas y horas. Mis niños me llamaban: «¡Mamá, ven!», pero no los oía. Los veía a través de la bruma, en un universo helado donde sus manos regordetas ya desprendían el olor putrefacto de la «Dama Negra».

No me daba cuenta de que lloraba. Me hervían en el cerebro miles de larvas blancas y gordas. De los ojos hinchados y enrojecidos por el insomnio brotaban racimos de gusanos. Los aplastaba con los pies desnudos, temblando de horror, cuando caían a

montones en la moqueta gris. Vomitaba bilis sin moverme. Ya no tenía mirada, había dejado de mirar.

El hombre del perro amarillo, agazapado a mis espaldas, surgía de la bruma. Se reía con sarcasmo y me dejaba paralizada por un miedo sin nombre. Un día me empujó hasta el balcón de la residencia dónde vivía entonces con Bertrand y los niños y me forzó para que saltara al vacío con un aliento fétido que paralizaba mis sentidos. Me agarré al balcón con toda la fuerza de mis veinticuatro años y no cedí. Desapareció tal como había llegado.

No quiero acordarme más.

Los niños me cogieron de la mano. En las dunas de arena blanca, cerca de Ciudad del Cabo, donde había seguido el éxito social de Bertrand, aferré mi pasos vacilantes a sus risas infantiles. Caminaba al sol durante horas y les decía:

—No me perdáis de vista, tesoros míos.

Estábamos morenos como pieles rojas.

Siempre me gustará Sudáfrica; es un país magnífico. No hablaré de nada más. Me reconocía en la belleza salvaje y la soledad de sus orillas. La orilla en la que nosotros vivíamos estaba infestada de tiburones. Me pasaba horas siguiendo con la vista sus aletas que se deslizaban por las olas color violeta. Un día, desde lo alto de las dunas, vi arder un petrolero, que teñía de rojo el horizonte sobre el mar negro que precede al crepúsculo. Con el viento tibio, mi vestido restallaba como una bandera. Yo estaba inmóvil en la cima de la duna observando el horizonte, viendo detrás del petrolero en llamas lo que se me escapaba de la vida. Solo se oía el ruido de mi vestido como una vela al viento en medio de ese silencio del fin del mundo.

Durante un año estuve errando como alma en pena, caminando por las playas infinitas y, a veces, cuando Bertrand me llevaba con los niños a la «civilización», chocaba con su cara lisa y refinada. Chocaba con Bertrand. Los salones de la alta sociedad nunca me atrajeron. No me gustaban las apariencias, prefería los

pechos de negra de mi abuela, que olían a lavanda, pimientos verdes y cebollas blancas. Eran mi tabla de salvación. No tenía prisa por crecer para ir a la clase del éxito social. Prefería las aceras de mi infancia y el olor a pan recién hecho, y jugar a ser la vendedora de bígaros ante el escaparate del sastre judío en la esquina de mi calle. Y las pastillas de chocolate envueltas en papel de plata que me daba la señorita Olivier porque era una niña dulce y buena. Las excavadoras de Bertrand eran robots sin corazón que destripaban las fecundas tierras para recubrirlas de acero y cemento. Un mundo que odiaba.

—¿Te parece normal?

—¿Qué? —decía Bertrand—. ¿Qué me parece normal?

—Todo. El apartheid. Los váteres para negros, los itinerarios para negros en las cuevas de Congo, los barrios reservados.

—Es su país, no el nuestro. Hacen lo que quieren.

Me daban ganas de llorar. En vez de «todo» tenía que haber dicho «nosotros» pero no me atrevía.

Y ese país tan hermoso y tan injusto me chirriaba en el corazón como una tiza en la pizarra. Así de claro.

Ante el petrolero en llamas grité: «¡Ya está bien!» y enseguida, justo después: «¡Deja de fingir!».

Corrí por las dunas en línea recta sin dejar de gritar: «¡Deja de fingir!».

No sabía por qué gritaba ni por qué corría.

El petrolero quemaba su oro negro en el mar negro y yo era una bola de fuego.

Caí en la arena; el grito iba calmándose y salió de mí una voz suave: «¡Deja de fingir, Pepi!». Dije que sí resollando. «¡Cálmate, Pepi!, ¡cálmate! Ya verás, todo va a salir bien».

Estaba sola, en la otra punta del mundo, en medio de un silencio inmóvil. Bertrand debía de estar en el club de tenis con los niños.

Mis niños.

Fui al club, desgañada, con el vestido negro arrugado y los zuecos rojos en la mano. La gente bien me vio llegar de lejos.

Vi a Bertrand y la cara que puso. Me dirigí al bar, al borde de la piscina.

—¿De dónde vienes? —preguntó Bertrand.

—De las dunas.

—¿Tú has visto cómo vas?

Y como no contestaba:

—¿Quieres avergonzarme o qué? ¿No puedes vestirme de otra manera? ¿No tienes bastante dinero?

El agua helada que bebí con avidez me calmó un poco la sed.
Dije:

—Me voy.

Bertrand no me preguntó adónde. Iba a contestarle:

—A casa. A mi país.

Así es; me volvía con mis hijos.

Hice las maletas y escribí una carta a Marie; una misiva corta.

Lo esencial era llegar allí, entre el mar y la montaña, sin alertarlos sobre mi vida, que estaba deshaciéndose.

Bertrand me dijo:

—Estás completamente loca. ¿Qué vas a hacer allí?

—¿Y aquí qué hago?

Me enseñó los frascos de perfume y los botes de crema que había en el mármol del cuarto de baño, el lujo alineado y reflejado hasta el infinito en el tríptico de espejos.

—Si me dejas, no tendrás nada de todo esto.

Con un solo movimiento de la mano tiré al suelo los preciosos frascos; sí, estaba loca. Me puse hecha una furia, lo rompía todo; ya no lloraba. Tiré los vestidos por la ventana y también la alianza. Los niños lloraban. Bertrand, mirando hacia ellos, me dijo:

—¡Debería darte vergüenza!

Le grité:

—¿Y tú? ¿No tienes nada de qué avergonzarte?

Y pensaba: «Hijo de puta».

Por una vez, no sentí ni un asomo de culpabilidad y mantuve el tipo. Por fin me iba, sí, me iba, como un capitán obstinado al mando de una barca endeble, me hacía a la mar con mis dos grumetes.

Aún me quedaban fuerzas para cruzar el océano.

Así es como me fui para siempre de Sudáfrica. «Porque me dio la ventolera», me dijo Marie cuando volví. Y añadió preocupada:

—Pero no te vas a divorciar, ¿verdad?

No le contesté; yo misma estaba asombrada de mi golpe de fuerza. Bertrand me había dejado marchar para que reflexionara.

—*Recapacita, Pepi, cariño. No sabía que estabas tan mal. Nunca te había oído gritar así. Daba miedo verte; hasta los vecinos, esa pareja adorable de holandeses a los que tanto les gustan las flores, me preguntaron a qué se había debido tanto alboroto. ¡Vuelve, Pepi!, quizá tengas razón, es verdad que estás hecha un fideo. Ni siquiera tienes ya pecho. No eres más que un montón de huesos. Con lo guapa que estabas cuando éramos novios. ¿Sabes? Tu médico vietnamita vino un día para decirme que estabas fatal, que tenía que cuidarte. Pero no lo creí, al menos, no del todo. Nunca me habías dicho nada. Es verdad que te veía poco pero, ya sabes, mi trabajo... es muy absorbente, ya lo sabes. Si hubieras estado tan mal, me lo habrías dicho, ¿verdad, cariño?*

El silencio me había cosido los labios con alambre de espino.

Una vez deshechas las maletas y colocadas en el armario, y con mis grumetes instalados en su cuartel, en la habitación de al lado, me dejé caer sobre la colcha ajada de mi cama de adolescente. Estaba recuperando los olores de antaño.

Dormí una noche y el día siguiente. Había vuelto de lejos. ¡Estaba tan cansada!

Oía abajo los ruidos de la vida normal y la risa de mis niños. Nono le hablaba al perro, Marie sacaba la basura antes de que anoheciera... Margot preguntó:

—¿Sigue durmiendo la marmota?

Me levanté con esfuerzo, los oídos inundados aún con el viento de las dunas y embriagada por el profundo silencio. Al bajar las escaleras con paso de convaleciente oí otra voz que no conocía; una voz extraña, ¿sería alguna visita?

Estaban sentados a la mesa; el desconocido me daba la espalda.

—Pero bueno, hija mía, has dormido doce horas seguidas. ¡Debes de tener hambre!

El visitante se levantó.

—Kaixo —dijo al estrecharme la mano.

—¿Quién es?

—Un refugiado político —me dijo más tarde Marie—. Nos lo mandó el padre Larzabal.

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Tres meses.

Me quedé muda. Un refugiado político en casa de mis padres justo cuando yo también había huido para ponerme a salvo. Estaba mosqueada con él por haberme robado el sitio y no le hice caso durante los primeros días. Siempre se tomaba el café de pie mirando por la ventana de reojo; después, ayudaba a quitar la mesa y luego desaparecía hasta la noche.

—Baja a la ciudad —decía Marie—. Se ve con sus amigos en el bar.

—O en otra parte... —susurró Honorine, con el tintineo de las agujas de tricotar.

Ese «otra parte» me irritaba. No me apetecía saber ni dónde iba ni con quién salía. Yo quería diluirme en el mar, no pensar en nada.

—No te quedes ahí pasmada, ¡haz algo! Así no vas a mejorar nunca —decía Marie—. Mírame a mí, ¡yo no me dedico a mirarme el ombligo!

Quería un martillo para aplastar ese «yo» impúdico, hacerlo desaparecer.

Pero no decía nada.

Mi silencio me quemaba más que las dunas desiertas de Sudáfrica; sí, había vuelto a la casilla de salida pero ¿para qué?

Una noche resonó un grito en casa. Un grito terrible. Me senté en la cama con el corazón desbocado. No quise encender la luz, quizá lo había soñado. Y después, un minuto más tarde, el grito atravesó el pasillo hasta llegar a mí. Me puse a temblar.

Se oyó una puerta en la casa y reconocí los pasos de Honorine. Llamé a Nono, como solía hacer antes.

Me había echado a llorar.

Nono entreabrió la puerta de mi habitación y se me acercó a oscuras. Con su vieja mano deformada por la artrosis me acarició la cara. Entonces susurró:

—No tengas miedo, mi niña, es Mikel. A veces tiene pesadillas. ¡Duerme!

—Sí, ya me duermo —le contesté.

Y esperé el alba como un ave nocturna, con mi siniestra vida por delante cual estrave carcomido por el óxido.

La mañana me sorprendió hecha un ovillo. Debí de quedarme dormida. Los niños abrieron las persianas y oí la voz de Marie:

—¡Vamos! ¡Todo el mundo arriba, panda de vagos!

Yo debía tener cara de entierro porque añadí:

—¡Hala!, me vas a llevar al mercado esta mañana. ¡Así te despejas!

Fuimos al mercado con los niños y también vino Margot, mi hermana pequeña.

Me gustaba mucho el mercado, la fruta, las voces, el desorden... Estuve viendo los conejos y las gallinas en las jaulas; me reí con los niños mirando los pollitos, suaves como bolas de mimosa.

El grito de Mikel esa noche me había llenado de una lasitud tan grande como un desierto lunar.

Marie, mi madre, tenía razón. Tenía que espabilar, si no, adiós para siempre, Pepi, mi pepita de mandarina desaparecida, Pepi, mi princesa de China de bucles dorados, tan saltarina con su vestido nuevo de piqué blanco, mi Pepi, que alzó el vuelo, mi pájaro isleño de sonrisa tímida.

Esa mañana incluso recibí una postal de mi padre, que estaba de pesca en Dakar. «Espero que mi artista se encuentre mejor y que a mi regreso esté preparada para que recorramos los santos caminos napoleónicos de la parte de Garazi. Un beso de tu padre, que te quiere mucho».

Siempre me hacía reír la palabra «artista»; pero juro que no voy a hablar de mi vocación frustrada por las artes plásticas.

—Menos mal que no hiciste Bellas Artes en Mayo del 68 –repetía Marie—. ¿Te imaginas estar allí en medio de aquel follón?

Yo no dije nada.

Bellas Artes, ¡qué antro de perdición! Pues ya de perdidos... quizá me habría merecido más la pena haber hecho mi vida en París y encontrarme un hueco en la plaza de los pintores, en la zona de Barbès, no sé.

Habría acabado llevando una vida infernal en un bar de mala muerte después de haber sido modelo y amante de un pintor desconocido, borracho y pervertido, ¿por qué no?

Cualquier cosa mejor que diez años soportando el olor a manzanilla con la cabeza estallándome, el corazón devorado por la bestia aterradora y huyendo del hombre del perro amarillo que me acababa hasta dentro de mis armarios, donde me refugiaba a menudo.

Al volver del mercado, Margot me habló de Mikel.

Lo habían detenido en Deusto. Lo acusaron de ser un cerebro, de haber escrito y multicopiado, utilizando una máquina de escribir, octavillas a favor de ETA. Lo llevaron a la calle Gordoniz, en Bilbao, y allí, en la comisaría, le arrancaron las uñas y parte del cuero cabelludo.

Su caso apareció en un informe detallado de Amnistía Internacional con el fin de alertar a la opinión pública.

Estuve escuchando a Margot.

Conocía el terror franquista en las provincias de Hego Euskal Herria; era mi historia, la historia de mi familia. No conocía otra. El bombardeo de Gernika, los refugiados del 36, los primos que se fueron a Venezuela, el comandante Ordoki que liberó la Punta de Grave ante los aplausos de De Gaulle, las promesas de los aliados para restablecer la República española; sí, sabía todo eso e incluso lo de Roldán, en Roncesvalles, no fueron los sarrazenos sino nosotros, los vascones, los que infligimos una tremenda derrota a Carlomagno; nosotros, los bárbaros, con nuestra lengua milenaria y nuestro grito penetrante que atraviesa las montañas y que a mí me sale tan bien cuando he bebido un poco y lo requiere la canción. Sí, sé todo eso.

Pero la calle Gordoniz no la conozco.

Durante seis días, los torturadores españoles se ensañaron con él, con Mikel, hasta hacerle perder el gusto de sus veinte años recién cumplidos. Y durante seis años estuvo pudriéndose en Herrera de la Mancha. No había pruebas contra él. Lo pusieron en libertad el 28 de diciembre de 1975. Su abogado lo llevó a Orio, a la granja de sus padres. Dos días después, se embarcó en una txalupa y, en plena noche, mar adentro, cambió de embarcación. Los guardias civiles dijeron a su padre que, de todas maneras, fuera, era hombre muerto.

Mikel desembarcó en el puerto de San Juan de Luz, al amanecer, con la dirección del cura de Sokoa. El padre Larzabal lo

acompañó a casa de José Manuel, mi padre, en los altos de Bor-dagain.

—Bueno, ahora ya sabes todo —dijo Margot.

¿Y qué pasa?, pensé, ¿y yo qué?

A partir de entonces, ¡debía mirar a Mikel de otra manera!

Dime, Margot, ¿qué tengo que hacer?

Es verdad que es joven y guapo. Tiene el pelo negro y espeso y, sobre todo, una mirada de un verde ácido, verde manzana; perfil de pescador de Hondarribia y cuerpo de remero de trainera. Cuando lo miro, lo veo en un barco surcando los mares, como mi padre.

Ya podría haber sido feo, el torturado. ¡De verdad!

A veces, se sienta en el banco del jardín, juega con mis hijos y no baja al centro. ¡No tiene más que cosas buenas!

No hablo con él, o poco. Hoy, en la comida, me ha preguntado si quería queso y le he contestado «No, gracias», con algo de afectación. Margot se ha contenido la risa.

Después los dos se pusieron a hablar de la manifestación que se celebraría en Baiona la semana siguiente. Una manifestación, creo, contra la condena a muerte de Garmendia y Otaegi y tres militantes del FRAP.

En un momento dado, Mikel se echó a reír; lo miré fijamente a los ojos verde ácido y me puse a hacer ruido, a propósito, mientras quitaba la mesa.

Me sentía ridícula, como una solterona cascarrabias, una aguafiestas.

Margot estaba fumando; le quedaba bien.

Yo tenía una migraña insidiosa que me atenazaba la cabeza. Cogí temblando las medicinas de encima del frigorífico y Nono, que me había visto, dijo:

—Sigues tomando esas marranadas, ¿cuándo lo vas a dejar?

Bebí directamente del grifo del fregadero. Me quería morir y nadie se daba cuenta.

Mi vida era un auténtico desastre de principio a fin, no valía nada.

De repente me sentí tan vieja que me dio miedo. Mikel eligió ese momento para traer las tazas sucias al fregadero. Sentí su mirada en la nuca: ¡tenía cien años!

Una ola rompió en mi cara y me obligó a mantener los ojos abiertos, a flote. Sollozaba sobre las burbujas del agua jabonosa con las manos enfundadas en unos guantes de goma rosa. Sí, era vieja y ridícula, pero no quería que nadie me viera así, con la cara hinchada por las lágrimas y el cuerpo partido en dos sobre la nada. Y sobre todo no quería que me viera él, Mikel, con estos ojos de rana.

Margot dijo:

—Deja, ya sigo yo fregando los platos.

Casi no la oí. Me alejaba de ellos sumida en una espesa niebla. Tenía demasiados temblores y me tomé otro Tranxene.

Mis hijos estaban jugando fuera, y yo, madre indigna, me batí en retirada para meterme debajo del edredón de mi cama.

Me oí decir «los odio a todos» antes de quedarme dormida con el cerebro surcado de arañazos y el corazón hecho añicos.

Unos días después fui con Margot y Anna, mi otra hermana, a la manifestación de Baiona. Mikel se vino con nosotras. Al salir del coche, Anna me dijo en voz baja:

—¡Qué guapo es este tío!, ¿verdad? Qué pena que tú y yo estemos casadas, ¿eh? —y se rió.

—¡Qué mala! —dije—. Habla por ti.

—Bueno, vale —dijo Anna un poco decepcionada.

La manifestación empezó a las cinco de la tarde en lo alto de las Allées Paulmy.

Un largo río cálido y colorido. Un río agitado bajo la luz ocre del verano recién entrado. Me había vestido de negro y tenía frío. Caminaba con los demás pero no estaba con ellos. Las corrientes de aire que se formaban en los cruces hacían que ondearan con fuerza las ikurriñas, pájaros de color verde, blanco y rojo cuyo vuelo retenían las miles de manos que sujetaban las astas. Era hermoso.

Mikel cantaba, Margot cantaba, miles de voces cantaban con el puño en alto. Yo no, aunque me sabía el himno.

Era el de mi padre y mi abuelo. El canto de los gudarís.

De mi boca no salía ni un sonido.

Sin embargo, bajo el hormigón de mi cuerpo, entre la carne podrida, la bestia que me devoraba el alma y la vida había aflojado la presión.

Estuve escuchando los discursos antes de que se disolviera la manifestación; todos decían: «¡No morirán! ¡Franco, el pueblo acabará contigo!».

Franco acabó con Txiki y Otaegi y con los tres militantes del FRAP.

Murieron fusilados por la mañana. Destrozados por las ráfagas de las ametralladoras.

Me quedé en el puente de Behobia toda la noche con Margot y Mikel y con un amigo de Margot, creo, un tal Peio.

Primero empezaron a silbar las piedras desde las zonas altas que dominan el puente, en dirección a los CRS, los antidisturbios que bloqueaban la frontera. Luego, los refugiados tomaron un autocar con los pasajeros como rehenes. La ventana del autobús saltó debido a la violencia de un puñetazo. Los viajeros gritaban que querían volver a su casa en paz, a Valladolid. Una mujer, arrodillada en el asiento, mostraba el rosario que llevaba enredado en las muñecas.

El autocar volvía de Lourdes. Las piedras silbaban ahora por encima de nuestras cabezas, en dirección al autobús.

—¡Cristianos! —gritó un hombre—, ¿dónde está vuestro Dios esta noche?

Y, de golpe, empezó la carga policial, un aluvión de cascos y porras. Eché a correr hacia adelante. Una mano me agarró y me hizo tirarme al suelo; después me empujó y nos refugiarnos debajo de un camión. El hombre, sudando, tumbado en el asfalto junto a mí, me hizo un gesto para que me callara. Yo estaba llorando por el humo acre de los gases lacrimógenos.

Lo conocía de vista; tenía una mirada penetrante. Al cabo de un largo rato, muy largo rato, me dijo:

—Eres de San Juan de Luz, ¿no?

—Sí, ¿y tú?

—Yo también. Creo que ya podemos salir, pero ten cuidado con el control de identidad. Sería una pena que te ficharan.

Le contesté:

—¡Ah, vale! —tontamente, como si acabara de decirme que la Tierra es cuadrada y que todo el mundo lo sabía menos yo.

Encontré a Margot con Peio y volvimos a casa.

Se levantó un nuevo día.

Escuché la radio y vi la tele.

Nunca lo olvidaré.

No creía que podían morir. Yo también había compartido la esperanza sin ser consciente de ello. Escuché el largo lamento de la madre de Txiki en la radio.

Mamá y Nono se echaron a llorar. Mikel estaba más pálido que un muerto. No miraba a nadie. Estaba de pie junto al manto de la chimenea; en ese momento me di cuenta de que Peio estaba con nosotros en el salón.

El nuevo día era frío como la muerte.

No mandé a los niños a la ikastola; nos dedicamos a hacer un rompecabezas durante toda la mañana, en silencio.

Esa noche escribí con tinta roja en el margen de mi cuaderno violeta las últimas palabras de Txiki:

*Mañana cuando yo muera,
no me vengáis a llorar,
nunca estaré bajo tierra,
soy viento de libertad.*

Se las recité a los niños antes de que se durmieran y me quedé con ellos, entre sus cuerpos templados, acariciándoles el pelo con las manos.

Me prohibí pensar en Mikel, que estaba en el extremo opuesto del pasillo.

Bertrand me había llamado desde Ciudad del Cabo. No vendría para Navidad, lo necesitaban en la obra de la central nuclear. Pensé: «¡Uf! ¡Una buena noticia en medio de la tormenta!». Antes de colgar me dijo: «Pienso en ti, ¿sabes? Y también pienso mucho en los niños, claro». Claro.

Franco se estaba muriendo. Bertrand estaba en Ciudad del Cabo, mi padre en Dakar y mi hermano en Mauritania. La casa

estaba en manos de las mujeres y yo saboreaba ese pequeño placer de forma egoísta.

Iba a la deriva, todavía entre la bruma, hacia una isla de contornos armoniosos. En Madrid, Franco se estaba muriendo.

A través de la bruma, adivinaba los contornos de mi isla. Y el generalísimo murió el 20 de noviembre.

«¡Franco ha muerto!». Era la voz de Mikel escaleras abajo.

—Coño –repetía Mikel–, coño, Franco ha muerto –y golpeaba con el puño la baranda. Después dijo riendo:

—Para Navidad, estaremos todos en casa. Y repetía: «¡Todos!».

Mamá abrió la botella de champán que llevaba al fresco quince días.

Di champán a mis hijos en las copas de cristal y después Margot le dio dos besos a Nono porque Mikel avanzaba hacia mí.

No sé qué me pasó, una parálisis repentina. Me quedé pegada a Nono con la copa en la mano y Manuela, mi niña, agarrada a los pliegues de mi falda.

El teléfono sonó diez veces en media hora; eran los amigos para comentar la noticia:

—¡Franco ha muerto!

Margot, Mikel y yo bajamos la colina de Bordagain a todo correr, en el ambiente suave de aquella noche de noviembre. El viento del sur, procedente de Larrun, arrastraba las hojas muertas a lo largo de las cunetas; olía a tierra, en el aire flotaba el polvo amarillo de las bolas de los plátanos y se oía el silbido del tren y el zumbido de los petardos.

Y luego, uno, dos, tres, cuatro cohetes luminosos estallaron en el cielo por encima de la lonja, como los fuegos artificiales del 14 de julio.

En la ciudad se había montado una fiesta alrededor del mercado. Era su fiesta, la de los refugiados, una fiesta de esperanza. Detrás de las persianas y de las puertas cerradas, la gente de la ciudad intentaba dormir, ajena al alboroto.

¡Franco ha muerto! *¿Y qué pasa? ¿Es ese un motivo para montar tanto follón?*

—Venga, aprovecha –me había dicho Marie–, vete con ellos que yo me quedo con los niños.

Así que corrí con los dos.

Nos quedamos sin aliento después de cruzar el puente de Ziburu con paso de carabineros italianos y con ese viento que me levantaba la falda y me alborotaba el pelo.

Al llegar a la estación, disminuí el paso.

—Diviértete —me había dicho Nono, empujándome hacia afuera en las escaleras de la entrada...

No pierdas el último tren, no esperes a que llegue al paso a nivel. Los trenes siempre se van, aunque sea septiembre o solo se tengan diecinueve años. Corriste entonces como un potrillo alocado con Bertrand pisándote los talones. Con el tren en la estación, cometiste un sacrilegio y gritaste: «Espérame, Guillaume. No te vayas sin mí... Te quiero...». Gritaste a pesar de que Bertrand estaba allí, a pesar del helado italiano que llevabas en la mano y que te chorreaba por el puño. Del tren solo habías visto el último vagón, en la curva, después del puente. Bertrand te cogió por la cintura, te abrazó en el andén y te dijo: «Pero, mi vida, yo te quiero».

Te dieron ganas de estamparle en la cara lo que te quedaba del helado, pero no hiciste el mínimo gesto. Estabas llorando. Ni siquiera viste el camino de vuelta. Bajo el granado en flor, junto a la tapia de piedra, Bertrand te besó en la boca, a pesar de tus lágrimas. Tú te dejaste y dos días después llegó la carta de Guillaume que te decía, con palabras locas de amor: «Eres mi fuente y tengo sed de ti». Rompiste la carta ante la mirada de Bertrand; te pidió que la arrojaras a las aguas del puerto y tú lo hiciste. ¡Asesina!

Esperé un poco antes de cruzar el bulevar.

Había mucho barullo alrededor de los bares. No conocía a nadie, o solo de vista. Margot se había encontrado a Peio y me hacían señales: «¡Vente con nosotros, síguenos!».

Era difícil abrirse paso hasta la barra, atestada de gente, y no sabía utilizar los codos, así que me quedé en la acera con la cara de preocupación de quien se queda colgado, la cara de imbécil que se me pone en todas las ocasiones importantes... y no tan importantes...

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó una voz por detrás. Era Mikel.

—Nada, gracias.

—No sé qué es «nada-gracias». ¿Es una bebida de por aquí ese «nada-gracias»?

Le contesté con un «¡sí!» rotundo. Seguía dándole la espalda, con la mirada clavada en Margot que, allá a lo lejos, parecía tan pequeña tras el bullicio y el humo azulado de los cigarrillos encendidos.

¡Socorro, Margot! ¡No me dejes sola en medio de la tormenta!

La acera empezó a moverse peligrosamente bajo mis pies, Mikel me había cogido la mano y entrelazado los dedos, yo no quería...

Me daba miedo mirarle a los ojos, tan claros.

Y se los vi, blancos, imponentes. Y también vi mi mano pegada a sus labios.

Entonces él retrocedió un paso sin separar mi mano de su boca, la mirada clara clavada en la mía, negra. Yo avancé otro paso. Amarrada a él para toda la eternidad, sentí su cuerpo. Estábamos bajo la intensa luz de una farola. El mundo desapareció. Nos tambaleamos en un abrazo repentino; lo rodeé con mis brazos y nuestras bocas se encontraron.

La suya era dulce y fresca.

Fueron las voces de sus amigos, que gritaron «¡Aupa, Mikel!», al pasar cerca de nosotros, las que hicieron resurgir el globo terráqueo bajo nuestros pies.

La mirada clara de Mikel sonreía, inclinada hacia mí. Le acaricié la mejilla y después la nariz con el dedo, pero ya no era yo.

Para entrar en el bar, me puso la mano en la nuca. Al llegar a la barra pidió en voz muy alta: «¡Dos 'nada-gracias'!». Me reí, sí, me reí.

Detrás de la barra, Bertrand había desaparecido bajo toneladas de hormigón; ya no existía ni África, ni Ciudad del Cabo y, en aquel momento, con el aire vibrante de las canciones y los txistus, el acordeón y el murmullo de las voces, hasta mi boda se hundió aplastada por kilos de tul, crepé blanco, música de órgano y olores a incienso.

Se acabó la gran mentira que había tejido en agosto del 68, no lejos de allí, en medio de grandes fastos; tan solo una calle que cruzar para encontrar la iglesia con todo el esplendor de su retablo barroco. Allí representé el papel de mi vida, jugué y perdí. Me había equivocado de cámara, de productor, de director, y Dios, encolerizado, entre rayos y oropeles, a horcajadas en lo alto del retablo barroco se dirigió a mí: «¡Pagarás caro tu error, hija mía!».

Y me pasó la cuenta tan pronto como acabó la ceremonia.

«Peor para ti, Pepi; valía la pena que molestara, en su Provenza natal, a este héroe rubio y dorado en su punto, solo para ti, ya que no viste la señal que te hice con la mano. Te decantaste por la manzanilla en vez de elegir a mi héroe apasionado que tan bien encajaba con tu espíritu rebelde... ¡Pues ahora me las vas a pagar!».

Lo pagué caro. Era virgen la noche de bodas y seguía siéndolo al volver de la luna de miel. Todavía me sonrojo y te pido disculpas, Bertrand, por confesarlo aquí. No, en mayo del 68 no llegué a desmelenarme tras las barricadas; era una chica buena y virginal. Sí, quería que todo el mundo me quisiera, así que complacía todo lo que podía, a cual mejor, primero a mis padres y luego a Bertrand.

«Mentira –tronó Dios detrás de su enorme barba– para querer y que te quieran primero hay que quererse a sí mismo y para quererse a sí mismo, hay que ser autocomplaciente. Pepi, por el amor del cielo que he creado, por la belleza del gesto, si quieres hacerte un favor a ti misma, no te mientas».

Me había construido una gran mentira, tan grande como una tarta de varios pisos que se va deshaciendo bajo pequeñas cascadas de caramelo derretido. A Bertrand lo quería sobre todo por las cartas apasionadas que le escribía asiduamente a la residencia universitaria en la que vivía mi brillante estudiante, mi prometido de las barricadas, tan formal. Cada vez que lo veía bajar del tren de París, me quedaba decepcionada y enseguida se deshinchaba el amor tan apasionado que le profesaba. Le daba un dulce beso en la mejilla y siempre me sorprendía que fuera más bajo que yo, por la cintura. Marie me dijo:

—Ya verás, te va a hacer feliz.

Y qué pasa con la pasión, mamá, y la locura, los besos y las risas en la hierba, ¿crees que también valdrá para eso?

—Tendrás unos niños preciosos con él. Ya verás qué bonito es ser esposa y madre. Además, Pepi, tienes que tener claro que nosotras, las mujeres, debemos sacrificarnos por ellos, por hacerlos felices.

Ni Torremolinos ni Marbella ni Sevilla ni los seis cócteles que me bebí de un trago sirvieron para acabar con mi virginidad. Estuve tres días en la cama con resaca, en la habitación de un hotel de lujo, y los camareros del restaurante, unos guapos andaluces de culo bien prieto enfundado en unos pantalones negros, ligones impenitentes, como todos los andaluces guapos de los barrios pobres, se extrañaban ante Bertrand de mi ausencia por las noches. Bertrand, con la mirada ausente, les decía en un español aproximado que iba todo bien, ¡olé! y que su joven esposa se había agrado una curda monumental para acabar de una vez por todas con su virginidad recalcitrante, que estaba consiguiendo dar a su joven y rígido pene un aire conmovedor de flor falta de agua. No, no lo decía; decía, con la mirada cada vez más perdida: «Va todo bien, ¡olé!».

Después de Sevilla, en el camino de vuelta, fue cuando vi por primera vez a un hombre extraño que llevaba sujeto con una correa un perro amarillo que se parecía a su asqueroso dueño como dos gotas de agua. Ese hombre me estuvo siguiendo durante seis años. Para conseguir que desapareciera de los caminos arenosos por los que discurría mi vida junto a un precipicio, cogí flores venenosas que apagaron durante mucho tiempo los rayos de sol que tenía en la voz.

Pero no quería gritar.

Tenía miedo de que me ingresaran.

—¡Chinchín! —me dijo al oído la voz de Mikel.

—¡Chinchín! —le respondí bajando de las nubes.

—¡Por ti, Pepi, por Euskadi libre!

—¡Por ti, Mikel, por la libertad! —le dije, clavando mi mirada en la suya.

Me sentía ligera como una mariposa. Ya podía aparecer en ese momento el hombre del perro amarillo que me había amargado las noches y los días. ¡Le habría saltado los ojos con palillos y al perro le habría reventado el hocico asqueroso de una patada!

Ligera como una mariposa bailé un fandango. Con mi falda negra revoloteando, chasqueaba los dedos como hacía antes, antes de que apareciera el hombre del perro amarillo.

Y luego bailé un tango entre los brazos de Mikel. Con una mano me apartaba las mechas de la cara y me las colocaba detrás de las orejas. Yo, como una sanguijuela, le pegué los labios al cuello. Las miradas de los otros eran como la del hombre del perro amarillo; ¡y yo les clavaba palillos!

Salimos del bar bailando un pasodoble. Mikel me hizo girar con el brazo extendido para atraerme después hacia él. Permanecimos en la acera el tiempo de la extensión del brazo e hicimos tres *pas glissés* para girar en la esquina de la calle de la Poste. Sin mirarnos, sin apenas decirnos nada, caminamos por el bulevar hacia la playa. Avanzábamos al compás, su cadera en mi cintura, y nos deteníamos para besarnos acariciados por el viento del sur. El mundo era una playa bajo la luna.

Mikel cayó en la arena encima de mí; con la respiración entrecortada, le levanté la camisa blanca y le acaricié la espalda interminable. Parecía que lo conocía desde siempre.

El olor de su cuerpo y su sexo me dejan clavada en la arena. Me abro como una flor bajo el dardo del sol y vuelvo a florecer ante su boca entreabierta. ¡Cuánto tiempo sin hacer el amor! Lanzo gemidos y mi cuerpo dibuja ondas. Sí, lanzo gemidos, no me da vergüenza. Estamos desnudos bajo la luna en medio de la ropa esparcida, serpientes de plata con la misma boca, soldadas por un beso con sabor a sangre y a salpicaduras de agua salada. Mikel está dentro de mí, firme como la proa de un barco, conquistador primero, mirada vacilante después, y de repente, un temblor telúrico lo sacude de la cabeza a los pies. Me aplasta con su cuerpo de remero y siento su respiración junto a mi frente.

Le rodeo la espalda con los brazos; le quiero, sí, le quiero. No le dejaré nunca. Le protegeré y no volverá a gritar por la noche. Mataré a sus torturadores uno a uno; iré a la calle Gordoniz y pondré una bomba: que revienten todos, que se esparzan sus ojos sanguinarios fuera de sus asquerosas órbitas por los tejados de Bilbao.

Palpo entre su pelo negro; justo encima de la oreja derecha encuentro un trozo de piel lisa, sin nada, un hueco como el puño de un niño.

Con los ojos cerrados beso esa parte suya que le arrancaron. Margot no había mentido.

—Eres guapa —dijo la voz de Mikel justo después.

—No, no soy guapa, soy vieja.

Mikel se echó a reír con todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

—Es verdad, podrías ser mi madre.

—Bueno, soy tres años mayor que tú.

Sin dejar de mirarlo, mientras estaba encima de mí, tan guapo y tan joven, seguí hablando porque no quería que creyera que era una mujer fácil:

—Sabes, Mikel, yo no soy... —titubeo—; ...no me gustaría que me tomaras por... bueno, ...quiero decirte que antes nunca había hecho esto; nunca he engañado a mi marido.

Me puso la mano en la boca y con voz grave dijo de repente:

—Pepi, ¿crees que no lo sabía?

Yo pensaba en Marie, en Nono, en el día siguiente, pero no en Bertrand precisamente.

—¿Qué vamos a hacer ahora?... Bueno, mañana, más adelante... —le murmuré al oído.

—Querernos —susurró Mikel.

Sonreí. Quererlo, sí, ¿pero cómo?

Dios se estaba desgañitando tras la luna llena pero yo no lo oía.

Y Mikel se estiraba en cueros vivos, en la arena, lejos de mí, en el otro extremo de la playa, me daba la impresión, aunque no me había soltado la muñeca, completamente desnudo, a gusto, tan lejos de mis miedos y mis interrogantes.

—Qué bonita es la vida, Pepi, el viento del sur, el mar, las estrellas y tú.

¡Tú!

Se levantó de un salto, corrió hacia las olas y las regó con un chorro que iluminó la luna.

¡Qué bonita es la vida! ¿Y tú no perdiste el gusto por la vida después de que te torturaran?

Todo lo que te hicieron en Bilbao, ¿te hizo ser más vitalista, más auténtico? ¿Es eso?

Me vestí a toda prisa, mal, al revés.

—¡No! —dijo Mikel volviendo de la orilla al trote para hacerme reír.

—¡No! ¡No hagas eso, Pepi! —me quitó la falda, la tiró y siguió desnudándose.

—La vida es hermosa, ya verás.

Lo dijo con una sonrisa dulce, como si me hubiera adivinado el pensamiento.

—Y eso lo dices tú...

No me respondió; se puso de rodillas con la boca pegada a mi vientre. Me acarició el cuerpo desnudo hasta que me hizo olvidar el mundo entero.

Después volvimos por la ciudad dormida. La fiesta se había terminado; solo quedaban dos refugiados con los que nos cruzamos en la calle Gambetta y que querían invitarnos a un trago a toda costa.

En Bordagain, lo primero que vi en medio de la noche fueron dos puntitos brillantes que se movían en la oscuridad; después sentí el olor a cigarrillos y distinguí el murmullo de unas voces. Margot y Peio. Me solté de mi amado y me dirigí muy deprisa hacia ellos.

—¡No corras, que son solo las seis! —dijo Margot.

—¿Estás de broma?

Nunca he llevado reloj; quizá sea por eso por lo que me he perdido las citas más importantes de mi vida. Y todo por fanfarrona, por no querer que me marque el tiempo.

Alumna inteligente pero distraída. Una pena, podría obtener mejores resultados. Muy buena en dibujo, buena en francés y un desastre en matemáticas. Entonces, el tiempo dividido en la esfera de un reloj, ¿eh? Doce horas al día haciendo tic tac en mi muñeca para ponerme las pilas, llamarme al orden, ponerme en marcha. ¡Ni hablar! Me gusta el tiempo que no se calcula.

Abrimos el portón sin que chirriara, después de despedirnos muy bajito de Peio, que se bajaba a su barrio. Avanzamos uno tras otro, a la sombra de los árboles para ocultarnos de la luz de la

luna, como delincuentes, con el índice sellando nuestras bocas mudas, y rodeamos la casa para entrar por la puerta de la cocina. Nono no tardaría en levantarse, teníamos que subir las escaleras volando; mi amor iba delante de mí.

Al llegar al descansillo hizo un paso de danza, un trenzado ligero y crujió la tarima bajo la moqueta. Crucé el pasillo como pude hasta mi habitación, conteniendo la risa floja con las manos. Me había reído como nunca. Tenía arena entre los dedos de los pies pero me daba igual.

Oí los pasos de Nono en el pasillo, que pasaba revista a las habitaciones, la de Margot y la mía. Me hice la dormida. Encendió la lámpara de cabecera y yo fruncí el ceño soltando un gruñido y tapándome la cara con la sábana.

La voz de Nono se oyó al otro lado de la sábana:

—A perro viejo no hay tus tus.

Y añadió:

—¿Y entonces? ¿Te lo has pasado bien?

No esperó la respuesta. Me dormí con el olor a pan tostado y a café recién hecho que subía de la cocina. Tenía un hambre canina.

Cuando me desperté, me daba el sol en los ojos, las contraventanas estaban abiertas. No sé quién las abrió, no me enteré de nada. ¿Dónde estaban mis hijos? ¿Qué día era? Miré la hora: las dos de la tarde.

Muerta de vergüenza, me levanté inmediatamente y me duché; me quité el olor del cuerpo de Mikel que llevaba en la piel, entre los dedos. Me puse un jersey y unos vaqueros a toda prisa y bajé corriendo. Nono y Marie estaban en el banco de fuera tricotando.

—¿Y los niños? —pregunté sin darles un beso, ni los buenos días.

—Están en la ikastola, evidentemente —respondió Marie.

—Estabas tan dormida que no te habrías enterado ni aunque te hubiera tocado la trompeta en la oreja —añadió Nono.

—¿Y no han dicho nada los niños?

Me sentía una madre indigna, desalmada, llena de remordimiento, María sin gracia divina, la Piedad que abandona el cuerpo de Cristo a los soldados romanos.